

trajes para la fiesta indicada. El tiempo empleado en todas estas cosas borró y echó en olvido las palabras y debates de la tempestuosa discusión motivada en la primera conferencia, por el contrato. Ni Pablo ni su suegra se acordaban ya de ello. ¿No era todo, como había dicho Mad. Evangelista, cuestión de los dos notarios? Pero á quién no le ha acontecido en el rápido curso de su vida, el ser interpelado repentinamente por la voz de un recuerdo que casi siempre es tardío, y que nos trae á la memoria un hecho importante ó un peligro no lejano? En la mañana del día en que debía firmarse el contrato, uno de estos fuegos fátuos brilló en el alma de Mad. Evangelista cuando estaba sumida en esa dulce somnolencia del despertar. Aquella frase: *Questa coda non é di questo gatto*: enunciada por ella en el momento en que Mathias accedía á las condiciones de Solonet, volvió á su imaginación. A pesar de su falta de capacidad en los negocios, madame Evangelista se decía á sí misma: Si el hábil maese Mathias se apaciguó, fué sin duda á espensas de uno de los dos esposos. El interés

herido, no debía ser, pues, el de Pablo, como ella había esperado. ¿Correrían los gastos de la guerra á costa de la fortuna de su hija? Resolvió pedir esplicaciones sobre el contenido del contrato, sin pensar en lo que debía hacer en el caso de que juzgase sus intereses demasiado gravemente comprometidos. Aquel día influyó de tal modo en la vida conyugal de Pablo, que es necesario esplanar algunas de esas circunstancias exteriores que obran é influyen en gran manera sobre el espíritu. Debiendo ser vendido el hotel, Mad. Evangelista no retrocedió ante ningún gasto: el patio estaba enarenado y en su centro se levantaba una magnífica tienda á la turca, rodeada de espléndidos arbustos, á pesar de que corría el invierno. Las camelias, cuya fama había llegado hasta Angulema y Dax, tapizaban la escalera y los vestíbulos. Lienzos enteros de pared habían desaparecido para ensanchar las salas del festín y dar mayor holgura á los bailarines. Burdeos entero, el aristocrático, el lujoso, aguardaba ansioso la hora de la fiesta. El pueblo había afluido de un modo considerable

y formaba dos filas á cada lado de la puerta cochera, deseoso de ver bajar de los carruajes á las señoras. Naturalmente, esta atmósfera suntuosa debía ejercer alguna influencia sobre los espíritus. En el momento de la crisis, aquellas luces, aquel movimiento, debía llegar hasta el corazón. Los notarios comieron con los novios y la suegra; y fué también uno de los convidados el primer pasante de Mathias, que estaba encargado de recoger las firmas durante la fiesta y procurar que el contrato no fuese leído indiscretamente por algun curioso.

Bien puede cansarse una imaginación, buscando una muger y un traje comparables á la belleza de Natalia y su magnífico vestido: sus cabellos, coquetamente peinados, caían en mil bucles sobre su alabastrino cuello, haciéndola asemejar á una flor escondida entre sus hojas, Mad. Evangelista lucía un riquísimo traje de terciopelo color de cereza, que realzaba en gran manera su tinte criollo, y sus ojos y cabello intensamente negros: en su garganta brillaba, con el fin de desmentir las calumnias, un magnífico collar de perlas abrochado por el *Discreto*.

Para mejor inteligencia de la escena es menester decir que Pablo y Natalia, sentados en un rincón de la chimenea, no escucharon ningún artículo de las cuentas de tutela. Tan niños los dos é igualmente felices, el uno con sus deseos y la otra con su curiosidad, soñando la vida como un azulado cielo, jóvenes, ricos, enamorados, no cesaron ni un momento de hablarse al oído en voz baja. Armado ya su amor con la legalidad, Pablo se había atrevido á besar la punta de los dedos de Natalia y á acariciar sus cabellos, ocultando á todas las miradas los goces de aquella emancipación ilegal. Natalia jugaba con un abanico de riquísimas plumas indias, que la había regalado Pablo, presente que, según creencia supersticiosa de algunos países, es para el amor un presagio tan siniestro, como el de unas tijeras ú otro instrumento cortante, y que recuerda sin duda, los Paros de la mitología. Sentada muy próxima á los dos notarios, Mad. Evangelista prestaba la más escrupulosa atención á la lectura de las piezas. Después de haber oído las cuentas de tutela, sábiamente estendidas por

Solonet, y que reducian á los famosos un millon ciento cincuenta y seis mil francos, los tres millones y medio que dejó al morir Mr. Evangelista, dijo á la jóven pareja: Escuchad, hijos míos, van á leer vuestro contrato. El pasante pidió un vaso de agua, Solonet y Mathias se limpiaron las narices. Miraron Pablo y Natalia aquellas cuatro personas, y despues de escuchar el preámbulo, volvieron á su charla. La institucion de los dotes, la donacion general en caso de muerte sin hijos, la del cuarto en usufructo y el cuarto en propiedad neta permitido por el código, la constitucion del fondo de comunalidad, el donativo de los diamantes á la muger, de la biblioteca y caballos al marido, todo se leyó sin merecer observacion alguna. Vino la constitucion del mayorazgo, y cuando todo estuvo leído y tan solo faltaba firmarlo, Mad. Evangelista preguntó cuáles serian los efectos de aquel mayorazgo.

—El mayorazgo, señora, dijo maese Solonet, es una fortuna inalienable, sacada de la de los dos esposos y constituida en provecho del hijo mayor de cada generacion, sin quedar por ello

privado del derecho á la parte que le corresponda en la herencia general de bienes.

—¿Qué resultados tendrá para mi hija?

Incapaz maese Mathias de disfrazar la verdad, tomó la palabra.

—Señora, siendo el mayorazgo un heredamiento apartado de los bienes de los dos esposos, si muere primero la muger dejando uno ó varios hijos, uno de ellos varon, el señor conde heredará en su nombre trescientos cincuenta y seis mil francos, sobre los cuales tendrá efecto la donacion del cuarto en usufructo y el cuarto en propiedad: su deuda, pues, para con sus hijos se reducirá á unos cincuenta y cinco mil escudos, salvo sus beneficios en la comunidad, su dote, etc. En el caso contrario, si muere el señor conde, Mad. de Manerville tendrá derecho á trescientos cincuenta y seis mil francos solamente, á sus donaciones sobre los bienes de su esposo que no formen parte del mayorazgo, á su dote en diamantes y á su parte en la comunidad.

Los efectos de la profunda política de maese Mathias aparecian entonces claros como el dia.

—Mi hija está arruinada, dijo en voz baja Mad. Evangelista.

Mathias y Solonet oyeron estas palabras.

—¿Es arruinarse, dijo á media voz el viejo, el constituir á la familia una fortuna indestructible?

Al ver la espresion que tomó el rostro de su cliente, Solonet creyó deber suyo cifrar el desastre.

—Queríamos atraparles trescientos mil francos, y son ellos los que nos pillan ochocientos mil: el contrato se balancea por una pérdida á nuestro cargo, de cuatrocientos mil francos á favor de nuestros hijos. Es necesario romper ó seguir.

El silencio que á estas palabras siguió no podria describirse. Maese Mathias, con la arrogancia del triunfo, esperaba las firmas de aquellas dos mugeres que habian creido despojar á su cliente. Natalia, que no se hallaba en situacion de comprender, que perdía la mitad de su fortuna, y Pablo, ignorando que la casa de Manerville la ganaba, continuaban riendo y charlando. Solonet y Mad. Evangelista se miraban,

aquel con indiferencia, esta con irritacion. Libróse á sus remordimientos, achacó á Pablo su falta de probidad, y decidió, juzgándose víctima, arrojar sobre él los defectos de su tutela. Conoció en aquel momento que era derrotada cuando creía vencer, y la víctima era su hija. Culpable sin provecho, se veía burlada por un honrado viejo, cuya amistad perdía sin duda. ¿No estaban inspiradas las estipulaciones de maese Mathias por su secreta conducta? ¡Horrible reflexion! Mathias habia iluminado la razon de Pablo, y si no habia dicho una palabra aun, una vez firmado el contrato noticiaria á su cliente los peligros corridos; aquel viejo lobo, aunque no fuese mas que para recibir lo que todos apetecen, unos cuantos elogios, ¿no le pondria en guardia contra una muger complicada en aquella baja conspiracion? no destruiria el imperio que ella habia adquirido sobre su yerno? Una vez advertidas las naturalezas débiles, no hay medio de hacerles recobrar su antigua confianza. ¡Todo se habia perdido! El dia en que dieron principio á la discusion, habia contado con la debilidad de Pablo,

con su falta de energía para romper unas relaciones ya tan estrechas. En aquel momento ella estaba comprometida de un modo bien distinto. Tres meses antes Pablo tenía pocos obstáculos que vencer para deshacer su matrimonio, pero entonces Burdeos entero sabía que todas las dificultades estaban ya vencidas hacia dos meses. Los edictos se habían publicado. La ceremonia debía verificarse á los dos días. Invadían los salones los amigos de las dos familias. ¿Cómo declarar que todo se había aplazado? Sabríase la causa de la ruptura, la severa probidad de Mathias predominaría en la opinión pública y sería escuchado con la preferencia. La sátira y la burla caería sobre los Evangelista, que no carecían de envidiosos. ¡Era necesario ceder! Todas estas reflexiones se agolparon al cerebro de Mad. Evangelista. Si guardaba la seriedad de los diplomáticos, manifestaba su cólera del mismo modo que Catalina II al ver desafiado su imperial orgullo por el joven rey de Suecia, con el movimiento apoplético de su barba. Solonet notó aquella contracción de músculos que denunciaba un

odio mortal, una tempestad sin ruidos, sin relámpagos. En aquel instante la viuda juraba á su yerno una venganza infinita, cruel, un rencor cuyo germen impregnaron los árabes en la atmósfera de las dos Españas.

—Esto es lo que llamabais galimatías, dijo al oído de su notario; á mí me parece que nada hay mas claro.

—Permitid, señora.....

—Caballero, continuó la viuda sin escucharle, si no conocisteis cuando tuvo lugar nuestra primera conferencia, los efectos de esas estipulaciones, me estraña mucho que no hayais pensado en ellas en el silencio de vuestro gabinete. No será sin duda por incapacidad.

Solonet arrastró al gabinete contiguo á su cliente, diciéndose para sus adentros.

—Mis honorarios por las cuentas de tutela ascienden á mil escudos, mil escudos por el contrato, y ocho mil francos que me producirá la venta del hotel, total catorce mil francos; no riñamos, pues. Cerró la puerta, lanzó á madama Evangelista una fria mirada, y adivinando los sentimientos que la agitaban, la dijo:

—Señora, cuando yo creí haber ido mas allá de los límites de la finura, vos me recompensais con semejante palabra.

—Es que vos, caballero.....

—Verdad es que no he calculado el afecto de las donaciones, pero ¿estais obligada á aceptar por yerno al conde Pablo? Está firmado el contrato? Dad vuestra fiesta y diferid la firma. Es preferible que caiga en el lazo Burdeos á que caigamos nosotros.

—¿Cómo justificar la falta de conclusion del contrato á los ojos de esa sociedad ya prevenida en contra nuestra?

—Un error cometido en París, la carencia de documentos, dijo Solonet.

—¿Pero y las adquisiciones?

—A Mr. de Manerville no le faltarán partidos ni dotes.

—Sí, á él no le faltará nada, pero nosotros lo perdemos todo.

—Vos podreis tener un conde mas barato si es que conceptuais el título como la razon suprema de este matrimonio.

—No, es imposible: no podemos jugar así con el honor. He caido en la trampa. Burdeos seria mañana un eco inmenso de esto. Hemos cambiado palabras solemnes.

—Quereis que vuestra hija sea feliz.

—Eso ante todo.

—Ser feliz en Francia, dijo el notario, es ser la dueña absoluta de casa. Pues bien, mademoiselle Evangelista llevará de una oreja á ese tonto de Manerville, que tan nulo es, que de nada se ha apercebido. Si desconfia de vos, en cámbio creerá en su muger. ¿No es lo mismo vuestra hija que vos? La suerte del conde Pablo se halla aun en vuestras manos.

—Si eso fuese cierto, caballero, no podria rehusaros nada.

—Volvamos, pues, al salon, dijo Solonet comprendiendo á su cliente; pero sobre todo, escuchadme bien, y despues llamadme inhábil si quereis.

—Mi querido colega, dijo al entrar el notario jóven, *á pesar de vuestra habilidad* no habeis previsto el caso de que Mr. de Manerville muriese sin posteridad, ó solo dejase hembras,

otro caso. Si esto sucediese, el mayorazgo daría lugar á pleitos con los Manerville. Así, pues, estimo necesario consignar que el mayorazgo estará sometido á la donacion general de bienes en el primer caso, y en el segundo será nula la institucion. El convenio concierne únicamente á la futura esposa.

—Muy justa me parece esa cláusula, contestó maese Mathias. En cuanto á su ratificacion, que se entienda el señor conde con la chancillería, si hay necesidad.

Solonet cogió una pluma y libeló al márgen de la escritura esta terrible cláusula, en la que ni apenas fijaron su atencion Pablo y Natalia. Mad. Evangelista cerró los ojos mientras la leía maese Mathias.

—Firmemos, dijo la madre.

La reprimida voz de la viuda dejaba adivinar una violenta emocion. Acababa de decirse á sí misma: No, mi hija ya no está arruinada: y el....! Mi hija poseerá el nombre, el título y la fortuna. Si Natalia llega á aperebirse de que no ama á su marido, y algun dia se vé arrastrada hácia otro de una pasion irresistible,

Pablo será desterrado de Francia y mi hija será libre, rica y feliz.

Si maese Mathias era práctico en el análisis de los intereses, en cambio conocia muy poco el análisis de las pasiones humanas: aceptó aquella palabra como una pública retractacion, en vez de ver en ella una declaracion de guerra. Mientras que Solonet y su pasante cuidaban de que Natalia firmase y rubricase todas las escrituras, operacion que exigia algun tiempo, Mathias se retiró con Pablo al hueco de una ventana y le confió el secreto de las estipulaciones que habia inventado para salvarle de una ruina inevitable.

—Teneis una hipoteca sobre este hotel, dijo al terminar, de cincuenta mil escudos, que será cobrada mañana. Tengo en casa las inscripciones del gran libro matriculadas á nombre de vuestra esposa. Todo está en regla. El contrato comprende el finiquito de la suma representada por los diamantes; pedidla, los negocios son negocios. Los diamantes ganan ahora, y muy bien pueden perder dentro de algun tiempo. La compra de los dominios de Auzac y

de Saint-Froult os permite reducirlo todo á dinero, á fin de no tocar las rentas de vuestra muger. Conque, señor conde, nada de falsa vergüenza. Despues de las formalidades se puede exigir el primer pago y asciende á doscientos mil francos; afectad á él los diamantes. Tendreis la hipoteca del hotel Evangelista para el segundo plazo, y las rentas del mayorazgo os ayudarán á pagar el resto. Si teneis el valor necesario para no gastar mas de cincuenta mil francos en los tres primeros años, recuperareis los doscientos mil francos de que ahora sois deudor. Si mandais plantar viñas en la parte montañosa de Saint-Froult podreis aumentar la renta hasta veinte y seis mil francos. De este modo vuestro mayorazgo será uno de los mas hermosos de que tengo noticia, pues llegará á producir cincuenta mil francos de renta. No habreis hecho mal matrimonio.

Pablo oprimió afectuosamente entre las suyas las manos de su viejo amigo, y este gesto no se escapó á Mad. Evangelista, que se acercó al grupo presentando la pluma al conde. Entonces sus sospechas se convirtieron en realidades y

creyó firmemente que Pablo y Mathias se habian entendido. Una oleada de rabiosa sangre agolpóse en su corazon. La habian quitado la máscara.

Despues de haber examinado si todas las vueltas estaban rubricadas y si al pié de cada página constaban las iniciales y rúbricas de las tres partes contratantes, Mathias miró á Pablo y la viuda, y no oyendo que su cliente exigia los diamantes, dijo:

—No creo que ahora que todos componeis una misma familia, hagamos cuestion del dote de los diamantes.

—Me parece muy regular que corran á cuenta de la señora. Mr. de Manerville ya se ha encargado del saldo de las cuentas de tutela, y quién sabe quien será el que sobreviva, dijo Solonet, que creyó ver en esta circunstancia un medio de atizar el encono de Mad. Evangelista contra su yerno.

—¡Oh! semejante proceder seria una injuria para mi, dijo Pablo. *Summum jus, summa injuria*, caballero Solonet.

—Pues yo rompo el contrato si no los acep-

tais, exclamó Mad. Evangelista, que en su furor vió un insulto en la indirecta demanda de Mathias.

No pudiendo dominarse salió del salon presa de la mas violenta rabia de un deseo de esterminio que estremaba hasta la locura el conocimiento de su impotencia.

—En nombre del cielo consentid, Pablo, dijo Natalia en voz baja. Mi madre está muy resentida; esta noche sabré el por qué, os lo confiaré y la apaciguaremos.

Satisfecha del resultado de su primera traza, Mad. Evangelista guardó sus pendientes y su collar, y presentó la joyas tasadas en cincuenta mil escudos, por Elias Magus. Acostumbrados á ver diamantes de familia en todas las sucesiones, no por eso dejaron de admirarse al ver las bellezas de aquel joyero.

—Me parece que ganais, dijo Solonet á Pablo, haciéndole ruborizar.

—¡Oh! con estas alhajas, bien puede pagarse el primer plazo de las compras verificadas.

—Y los gastos del contrato, añadió Solonet.

El odio, como el amor, se nutre de las cesas

mas frívolas, todo cabe en él. Del mismo modo que todo lo juzgamos perfecto en la persona amada, en la aborrecida todo nos parece detestable. Mad. Evangelista creyó fingidos todos los inconvenientes que Pablo presentaba á la aceptacion de las joyas, y este de buena gana hubiera rehusado los diamantes y con mejor deseo los hubiera arrojado por una ventana. Al ver su confusion, Mad. Evangelista le lanzó una mirada que parecía decirle:

—Lleváoslos de aquí.

—Querida Natalia, dijo Pablo á su futura esposa, guardad vos misma los diamantes; son vuestros, os los regalo.

Natalia los dejó en el cajon de una consola. En aquel momento era tan grande el ruido de los carruajes, y tan fuerte el murmullo de las conversaciones de los convidados á la fiesta, que Natalia y su madre se vieron obligadas á presentarse. Los salones fueron invadidos en un instante y la fiesta se inauguró.

—Aprovechad la luna de miel para vender los diamantes, dijo Mathias á Pablo al despedirse.

Mientras se aguardaba la señal para el baile,

todos se hablaban al oído y sobre el mismo tema: el matrimonio: no faltó quien emitiese algunas dudas sobre el porvenir de los dos novios.

—¿Está ya todo concluido? preguntó á madame Evangelista una de las personas mas importantes de la ciudad.

—Ha habido tantas cláusulas que leer y oír, que sin duda nos hemos retardado un poco; pero bien merecemos que se nos dispense.

—Pues yo nada he escuchado, dijo Natalia, tomando una mano que le alargaba Pablo para abrir la danza.

—Pues á los dos les gusta derrochar, decia una vieja condesa, y no será la madre quien los detenga.

—Pero han fundado, segun he oído decir, un mayorazgo de cincuenta mil libras de renta.

—¡Bah!

—Me parece que el buen Mr. Mathias ha andado en eso: si así es, el buen hombre habrá querido evitarles una ruina segura.

—Natalia es demasiado bella para no ser superlativamente coqueta. Cuando lleve dos

años de casada, no respondo, decia una jóven, de que Manerville sea feliz.

—Necesitará que la sostengan *la fleur des pois*?

—No le faltaba mas que esa percha, contestó una señorita.

—¿No os parece que está algo sería madama Evangelista?

—Me acaban de decir que la quedan veinticinco mil libras de renta? qué es eso para ella?

—La miseria, amiga mía, la miseria.

—Todo se lo ha cedido á su hija. Mr. de Manerville ha sido tan exigente.....

—De un modo escesivo, dijo maese Solonet. Pero en cambio será par de Francia. Los Malincourt y el vidame de Palmiers le protegerán. Vive en el arrabal de San German.

—No será Madlle. Evangelista la hija de un comerciante, la que le abra las puertas de la casa capitular de Colonia.

—Es sobrina del duque de Casa-Real.

—Por la línea femenina.

Agotóse pronto la conversacion. Los jugadores se pusieron á jugar, bailaron las jóvenes,

servióse despues la cena, y por último cesaron el bullicio y el ruido cuando los primeros albos del dia reflejaron su débil luz en los vidrios de las ventanas. Despues de haber despedido á Pablo, que se fué el último, Mad. Evangelista subió al cuarto de su hija, porque su gabinete en el piso principal habia sido tomado en cuenta por el arquitecto para el ensanche de los salones, y á pesar de su fatiga y del sueño que las abrumaba, cruzaron algunas palabras así que se vieron solas.

—Decidme, madre mia, ¿qué teneis?

—Hija mia, esta noche he sabido hasta donde puede llegar el afecto de una madre. Tú nada sabes de negocios, y por lo tanto ignoras á qué sospechas se ha visto espuesta mi probidad. En fin, he pisoteado mi orgullo: se trataba de tu felicidad y de nuestra reputacion.

—¿Queréis hablar de los diamantes? Casi llora el pobre mozo. No los ha querido y los tengo yo.

—Duerme Natalia. Mañana hablaremos de este asunto, porque has de saber, hija mia, que tenemos asuntos que ventilar, dijo con un suspiro, y ahora hay un tercero entre nosotras.

—¡Oh, madre mia! Pablo no será nunca un obstáculo á nuestra felicidad.

—Pobre hija mia, dijo para sí la viuda, no sabe que ese hombre la ha arruinado esta noche.

Mad. Evangelista sintió entonces germinar en su corazon el instinto de esa avaricia que regularmente domina á todos los que alcanzan una edad avanzada. Propúsose reponer para su hija toda la fortuna que heredó de Mr. Evangelista, y creyó ver en ello su honor comprometido. Su amor hácia Natalia la prestó en un instante tanta destreza en el cálculo, como hasta entonces habia sido descuidada é ignorante. Una pasion es capaz de reformar en un momento el carácter: el indiscreto se convierte en diplomático, y el cobarde en atrevido. El odio, pues, convirtió en avaricia la prodigalidad de Mad. Evangelista; y quizás aquellos proyectos concebidos tan solo y mal dibujados aun, se viesen ayudados por la fortuna. Así es, que se durmió diciéndose: Hasta mañana. Por un fenómeno inesplicable, pero cuyos efectos son muy familiares en todos los que se duermen con la atencion fija en una idea, su alma

debía durante su sueño madurar aquellos pensamientos, coordinarlos y hacerla adivinar un medio para ser árbitro de la vida de Pablo: formado el plan, lo puso por obra la mañana siguiente.

Si el tumulto de la fiesta había alejado de la mente de Pablo la idea del peligro, cuando se vió solo y en su lecho, volvióle á asaltar este pensamiento, que le había inducido la sagacidad de su notario: Parece, decíase á sí mismo, que sin el concurso de Mathias hubiera yo sido apaleado por mi suegra. ¿Es esto posible? Qué interés puede moverla á engañarme? Y además, por qué tantos recelos? Dentro de pocos días Natalia será mi esposa, nuestros intereses estarán bien definidos y nada será capaz de desunirnos: conque, adelante. No dejaré de vivir prevenido, sin embargo, y si Mathias tiene razón, no es con la suegra con quien me debo casar.

En esta segunda escaramuza, el porvenir de Pablo había cambiado de faz, sin que él mismo se apercibiera de ello. De aquellos dos seres con quien tan íntimamente se unía, el uno era

su enemigo capital, que hábilmente meditaba la separacion de sus intereses. Incapaz de observar la diferencia que el carácter criollo establecía entre su suegra y las demás mugeres, debía al menos adivinar en ella una profunda astucia. La criolla posee una naturaleza particular, una amalgama de la inteligencia europea, de las violentas pasiones de los trópicos y de la apática indiferencia de los indios: conjunto seductor, pero peligroso como la descuidada educacion de un niño. Como este, la muger que hemos descrito desea realizar sus caprichos inmediatamente: su impaciencia le arrastraría al incendio si su propósito fuese asar una castaña. En su vida perezosa nada siente, pero en sus horas de pasión piensa en todo. La criolla cobija en su alma la perfidia de los esclavos negros que mecieron su cuna, pero como la de estos, su sencillez es infinita. Como estos, alimenta con progresiva intensidad un deseo, y llegado á su sazón estalla con la violencia de una bomba. ¡Estraño conjunto de cualidades y defectos, que el génio español había fortalecido en el alma de Mad. Evangelista y sobre los